

EL SECRETO

Mariano Latorre

Era enorme, pesado y hosco. En su esférico contorno, tal la cabeza de un peñi, apretábanse las cápsulas como aceradas escamas de una cota medioeval. Innumerables fibras sobresalían del firme ensamble, envolviéndolo en una pelusa de suaves verdores. En su parte más ancha guardaba la ramita gris que lo retuvo al extremo del gajo fornido.

Gérmenes potentes dormitaban quizá en el seno de su hermética envoltura. Escondíase allí un salvaje enigma. Silbar de nevascas, tronido de aludes, trémolo de invisibles corrientes, selváticos amores vegetales.

El que lo mirase, distraídamente, rodeado de libros, nada habría comprendido. Una piedra en la margen de un río no hablaba más de su origen y de su vida que este cono virgen, desprendido, por el machete de un mapuche, del brazo de un pehuén.

Enorme, pesado y hosco me acompañó un verano entero por los caminos del sur. Durante meses decoró el comedor de un colono de Trancura. Fue llevado como primicia de la cosecha al llegar el invierno.

En su verdi-negra coraza no hicieron mella los tenaces picos de los choroyes. Su secreto permaneció intacto.

Sobre mis libros se aplastaba su masa torpe, impenetrable, hosca.

Y los días pasaron. Marchitóse, poco a poco, la fibra del extremo. El gris de niebla tornóse quemado moho. El suave verdor, húmedo de savia, tomó secos matices de cobre. Más que nunca, pareció la ruda testa de un mocetón araucano.

Ya era algo. Quizá el comienzo de una agonía. El lento fugarse de las savias bebidas en su alta cuna de piedra.

Una vez, impaciente, quise violar un secreto, saber lo que guardaba en su cárcel vegetal. Y con pueril arrebató, introduje mi cortaplumas por entre sus junturas. Silbó, tronchada, la fina hoja de acero. Colérico, lo arrojé contra las paredes sin conseguir que sus mallas se aflojasen.

Volví a olvidarlo.

Una noche oí un leve crujido. No el tris de las maderas que se pulverizan, ni el rasguído de los papeles que se despegan de los muros, ni siquiera el imperceptible roce de unas alas de insecto, sino algo vivo, inquieto, apresurado. De él venían esos llamados apremiantes. Algo acababa de removerse en su duro corazón. Iba a escuchar su voz dentro de poco. El secreto, tan ansiosamente esperado, no tardaría en revelarse,

lejos de la nieve y del viento, en el abrigado rincón de mi escritorio, a diez centímetros de mis ojos.

Repitiéronse los tics cada vez más numerosos, más cercanos. Hubo largas pausas. De pronto, un vivo repique de sonoras estridencias. Quejidos angustiosos de los tejidos al sentirse abandonados por las últimas gotas de savia montañesa.

Era, ahora, como el puño de bronce de un mapuche, toscamente trabajado por soles y ventiscas. Durante un día no se oyó su queja lejana. Cogí el cono en mis manos. Las escamas se entreabrían como pequeñas bocas, ávidas de aire. La dulce musicalidad de las maderas agonizantes multiplicóse en una larga fuga de trepidaciones.

La minúscula tragedia iba a precipitarse de un momento a otro.

Y ahora que el secreto estaba a punto de ser mío, no me atrevía a tocarlo, temeroso de conocerlo demasiado pronto. Este lento disgregarse de la materia no era perceptible durante el día.

Enorme, pesado y hosco era su silencio, pero en la noche su quejumbre se elevaba, atraía la atención sobre ella, parecía aún articular palabras inconexas en las que había girones de viento y gérmenes de agrestes rumores.

Una tarde, un rayo de sol empapó la opaca superficie e hizo destacarse las ranuras entreabiertas. Dos más profundas, en la parte superior del óvalo, parecieronme dos pupilas heladas, inmóviles, que me observasen fijamente.

Nada me sugirió, en un comienzo, esta mirada muerta, pero inopinadamente, en el fondo de la memoria, se perfiló una nube de polvo, suspendida en el aire y luego un rebaño de novillos, medrosamente apretujados en la cinta de la huella. Atrás, en la tierra movediza, modelóse la figura del arriero mapuche que la conducía, sobre el lomo de su caballo. El horizonte, arañábanlo los penachos negros de los pehuenes o lo cerraban altas cresterías nevadas. Nos cruzamos un minuto en el viento, pero su mirada bravía, opaca, esmerilada por el aire áspero de las sierras, no se borró ya más de mi recuerdo.

Esa misma tarde se trizó sin perder el contorno de su armadura, pero las negras bocas entreabiertas absorbieron el cobre quemado de su epidermis. Era, ahora, un puñado de escorias que sólo un milagro mantenía en equilibrio. El puño de bronce, agotado, al fin soltaba su presión. Cada cierto tiempo algo se rasgaba en su interior. No eran tenues crepitaciones, como antes, sino golpes rápidos, sonoros, precipitados. De pronto, un estallido seco. Único, concreción de roces y estridencias, con algo de disparo o de silbido; luego, un redoble sobre las maderas del escritorio y el suelo.

La cabeza habíase deshecho. Innumerables piñones, de un lustre rojizo, como el de las astillas de un aserradero, ocupaban su lugar. Violentamente rompieron su clausura y locos saltaban en todas direcciones. Un puñado, sobre la mesa, marcaba el punto donde estaba el cono; otros se encaramaron sobre los estantes en prodigiosos saltos; algunos corrieron con una celeridad medrosa a esconderse en los rincones. La misma fuerza que los conservó unidos en el cono, los arrojaba a su destino, en un

ciego impulso, como si estuvieran en las alturas y un lecho de tierra pedregosa fuese a cubrir su germen inmortal.

Eran muchos, incontables. Imposible imaginar que cupiesen tantos en aquella pelota oscura, forrada de extinguidos verdes.

Semejante a un gozne roto, subsistía aún la valva que los mantuvo en el cono y que tan hábilmente cortan las indias al cosecharlos.

Un acre aroma, hecho de fuertes esencias resinosas, hacía denso, casi irrespirable el aire de la pieza.

Por un instante, me creí en la sierra, sobre la alfombra oscura de las escorias, ante el agudo frío de las cordilleras chilenas o en la parda mudez, donde comienza la pampa.

Pensativos, huraños, abrían sus brazos, erizados de agujas, los pehuenes. Entre sus penachos chillaban los choroyes. Eran muchos. Los garfios de sus patas tenían la agresividad de las fuertes púas. Sus picos incansables partían las maduras cabezas y los piñones se precipitaban con ruido de chubasco sobre las espaldas de las chinas. Sus gritos de alborozo eran tan agudos, tan primitivos como los de los pájaros, borrachos de otoño, entre la olorosa ramazón.

Una caravana, más tarde, bajaba de las cordilleras al abrigo de las invernadas. Una caravana de caballos blanco-negros, pedazos de volcanes andinos. Los piñones, sobre el anca de las bestias, partían con sus puntas la vieja trama de los sacos.

Una a una fui recogiendo las semillas esparcidas en el suelo. Cerca, su aroma era aún más penetrante. Aire de cumbre, piedra quemada de sol, rocío de torrentera, fundiéronse en cada vaina para tornarse sustancia de albos grumos. Sobre mi mesa tenía una selva en semilla. Los había de todos los tamaños. Algunos enormes, agudizados como extremos de lanzas o pequeñitos, redondos, como pezones de indias jóvenes. Todo el pinar estaba allí. Los de esbelto fuste y testa empenachada, vencedores del viento y de la nieve, y el brote frágil, miniatura del árbol viejo, que asoma entre los labios de piedra de una roca su delicada simetría.

O quizá el alto pehuén solitario, el pino huacho, a cuyo pie las generaciones trazaron una senda, que luego fue camino. La fe primitiva de indios y mestizos lo santificó y sobre los viejos plumeros de sus ramas o al borde de la espinuda pirámide de su tronco, dejaron monedas, hilachas de sus ponchos, velas y fósforos para preservarse de las lluvias y tener un viaje feliz. Y también el pino calcinado por el tiempo y las nieves, cacique que muere de pie, al borde de un barranco, alargadas en un gesto de lucha sus blancas vértebras desnudas.

Brotaban también de los rojos piñones gérmenes de fecundidad, de persistencia en el tiempo. Porque sus amores son trágicos y de ruda violencia, como los del pehuenche, su gemelo humano. En la complicidad de sus alas lleva el vendaval el recio polen amarillo. La nube de espeso oro tantea en el aire muerto, busca la ternura de las florecillas apenas visible entre las agujas, cubre en un abrazo oloroso todo el varillaje del araucaria hembra y sigue su camino, ciego, ahogándose en los torrentes,

fundiéndose en la tierra parda que tapiza las escorias o espolvoreando, con inútil esfuerzo, las anónimas flores de la cordillera.

Y mía fue esta cosecha tardía. Durante muchas noches comí piñones. Bastaba apretar la vaina granate, deshecha por las brasas para que surgiese la sabrosa médula del fruto. Otros, fermentaron dentro de ollas de greda en las rucas de los indios y fueron muday, de temible fermento. Y todos, en el galope de las edades, cordillera hecha fruto, arista de granito hecha músculo, eternidad hecha raza nuestra.